

# “Por mis cartas sabrán de mi existencia”.

## Misivas de Gilberto Owen a Clementina Otero

Gerardo Bustamante Bermúdez

EN LOS TIEMPOS “POSMODERNOS”, donde el uso de la tecnología y los medios de comunicación han venido desplazando cada vez más a ciertas tradiciones literarias como el género epistolar, es importante preguntarse qué sentido tiene leer cartas en una época donde muy pocas personas las escriben, y donde el uso del correo electrónico, el *blog* y el *chat* vienen a sustituir en gran medida el “ritual”, la carga emotiva, las características de escritura, el formato, el tipo de papel, los sellos y el uso de la retórica del que escribe misivas personales. Las cartas se han convertido en documentos del pasado; es un género literario en extinción.

Las cartas son un diálogo no inmediato de correspondencias temáticas y afectivas entre dos personas. En la publicación de un libro de cartas, el autor –tal vez sin proponérselo– va haciendo un “autorretrato” por entregas; confiesa, recuerda e interioriza en su memoria aquello que le es significativo y decide compartir con otro(s). Al lector futuro le corresponde ir reconstruyendo y ordenando los datos, los hallazgos que permitan hacer una verdadera biografía, sobre todo si se trata de un artista.

Por ser la carta un género autobiográfico más real que una novela autobiográfica o la escritura de memorias por ejemplo, con frecuencia encontraremos en el género epistolar un medio para conocer a su creador; si se trata de un escritor, la fuente de primera mano que significan las cartas, servirá para hacer relaciones entre la obra, el contextos y la vida personal.

Las cartas son una conversación a distancia entre dos personas con algunos intervalos de tiempo. Puede considerarse en varios sentidos a la carta como un regalo que supone un valor sentimental muy importante. La re-



Jan Hendrix, 2006

Lápiz pastel / papel de algodón, 130 x 98 cm

lación «yo-tú» tiene códigos específicos que la mayoría de las veces escapan al lector “ajeno” a la historia, al intruso que ingresa a la vida del otro. El lector de textos autobiográficos, y en particular de cartas, se

convierte en un *voyeur*

desde el momento que tiene acceso a la intimidad del otro, a su vida, deseos y confesiones a través de documentos muy íntimos que no están dirigidos a él. Las cartas de los artistas nunca han sido exclusivamente privadas, por el contrario, han tenido múltiples finalidades desde el momento en que se dan a conocer. El valor testimonial y la riqueza de información de las cartas son inestimables precisamente porque a través de la confesión se puede observar un “retrato del alma”.

En el prólogo a *Sedienta soledad*, Lourdes Franco Bagnouls dice que “Un epistolario tiene las mismas características de un rompecabezas: “comenzamos, mediante la colocación de sus primeras piezas, a formar los contornos de una figura aún indefinida que va perfilándose poco a poco a medida que se van añadiendo piezas al alfabeto”. Y es que la lectura de un libro de cartas requiere, en la mayoría de los casos, de una edición crítica que trate de poner en orden los materiales e ir llenando los vacíos de información por parte de un especialista.

Uno de los epistolarios más intensos e importantes de escritores mexicanos, son las cartas de Gilberto Owen

a la joven actriz Clementina Otero, publicadas en 1982 por el INBA y reeditadas en 1988 por la UAM y en el 2004 por Siglo XXI. Se trata de varias cartas escritas entre abril y noviembre de 1928. Gilberto y Clementina se conocieron a raíz de su participación como actores en la obra *El peregrino* de Charles Vildrac, obra patrocinada por Antonieta Rivas Mercado y dirigida por Celestino Gorostiza en el teatro Ulises. Pareciera ser que fue amor a primera vista por parte del autor de *Novela como nube*, pero no por parte de la actriz, quien en breves palabras al epistolario anota: “Amaba su poesía, amaba al poeta, mas no al hombre y, sin embargo, más tarde, empecé a necesitar sus cartas, las esperaba con ansiedad, acaso con cierta ilusión”.

Las cartas de Owen a Otero no presentan una estructura más o menos uniforme en cuanto a las características del género epistolar. En momentos son la confesión amorosa, pero con tonos más cercanos a la poesía: “La miro perderse, nacida de mi mano, por un paisaje urbano que mis ojos sacuden para limpiarlo de nubes o del polvo. Dura, sale del día, pero ya no del todo blanca”.

En las cartas de Owen a Clementina, el poeta confiesa su amor, pero también el esfuerzo por tratar de conocer a la mujer quien viene a su mente como una aparición a veces en tinieblas; le pide su amor, aunque en momento le reprocha su indiferencia. En las primeras cartas del epistolario, Owen rechaza la posibilidad de un noviazgo porque se rompería el hechizo y además, porque Clementina no le escribe y muestra poco interés a sus cortejos, es una mujer frágil y enfermiza: “Ahora estoy muy amargado entre mis cosas, que no la conocen sino de verla en mis ojos, azul en el derecho y negra en el otro”.

El poeta construye a la mujer, pero sabe que Clementina es una joven diferente a las demás: aunque es hija de familia, se dedica a la actuación, es inteligente y tiene contacto con el mundo intelectual del momento. Para el poeta, lo anterior es un defecto y no una virtud, por eso le escribe: “Me encantaría que fuera usted más tonta que yo (sin hipocresías) menos inteligente que yo”. También le enfatiza que físicamente Clementina no es el tipo de mujer que le interesa y llega a decirle que no desea sentirse amado. Frente a esto, uno se pregunta: ¿cuál sería la reacción de Clementina Otero frente a las indecisiones y constantes contradicciones de poeta que pide amor y lo repele con sus propias palabras? El poeta tiene miedo de amarla; por eso la rechaza en momento y, cuando abandona México para ir como diplomático a Estados Unidos, añora la presencia

de su amada y comienza a escribirle cartas amorosas donde le confiesa la tristeza que le provoca estar lejos; no logra conformarse a pesar del retrato que la actriz le ha enviado: “es horrible no verla sino en mi memoria despierta”. En estos momentos de separación le pide que se enamore de él, incluso piensa confesarle a Fernando, el hermano de Clementina, su interés por cortejar a la joven actriz. La distancia permite al poeta valorar sus sentimientos y pensar incluso en una boda: “si nos casamos le seguiré hablando de usted hasta que me ame”.

Como desconocemos las pocas cartas que Clementina Otero envió al poeta, los lectores no podemos leer las dos voces, aunque suponemos que la indiferencia de la mujer provoca paulatinamente la desilusión de Owen, quien como arma de defensa le escribe en agosto de 1928: “También de usted estuve enamorado de una manera artificial, fácil, falsa y epidérmica”. El poeta que antes le decía a manera de elogio “Me muero de sin usted”, ahora se rebela, se siente dolido y despreciado. Su talento como hombre de letras no es suficiente para la destinataria de las misivas. En sus dos últimas cartas, confiesa que las penas de amor le impiden escribir; prefiere la muerte. Clementina no escribe, por eso él responde a ese silencio: “No merezco amarla. No sueño ya que me ame. La adoro. Mi vida está llena de usted. Estoy a punto de llorar y me indigna que eso me la hará más imposible. A nadie le escribo porque nadie me importa. Tampoco tengo interés en mí. Me odio de débil. Me odio. La adoro. Llevo una vida imbécil”. Unos días después, en una carta en la que ya no pone la fecha, dice: La odio y no me importa que a usted no le importe. Mi odio es gratuito y absoluto. Y no me importa que me crea usted loco, y que esto sea ridículo y que haga esfuerzos por reírse leyéndolo”. Con esta última carta, el rechazo del poeta es incontenible; no soporta el silencio, tampoco puede escribir porque se siente deprimido y por eso pone fin a un “cortejo a distancia” donde es mejor terminar.

En tiempos donde existen muy pocos lectores de cartas, y mucho menos destinatarios, es importante leer los testimonios y sentimientos de un poeta culto, entregado a su pasión por las letras universales. Estas cartas son sólo un fragmento que nos permite trazar el 1928 de Gilberto Owen, el poeta, el enamorado, el hombre. •

GERARDO BUSTAMANTE BERMÚDEZ. Es profesor-investigador adscrito a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Correo electrónico: gerardbb81@hotmail.com